

Del ascenso y otras soledades

Hay también entre los manchegos quienes se desclasas que es una bendición, un atributo de la buenaventura, una excelentísima suerte, merecidísima se la tenían. Hay manchegos que si no besan ellos mismos en los labios no es por el mal parecer, virtud cardinal para las candilejas, sino por carencia de suficiente estatura. Tales manchegos se han hecho a sí mismos. Han ascendido por fuerza, arte y parte, de su nobleza irrepetible y distintísima. Son de raza extraordinaria, manchegos sin genealogía, hombres y mujeres de pro, pura raza de sí mismos: Consecuencia, ahí es nada, mire usted, del ascenso. Ellos mismos se han dado la mano para subir y ser; y son, que no lo dude el personal, maravillosamente sublimes, sublimemente maravillosos, los amos de la acera, los que pagan el convite general cuando llega el caso. Amigos del último Premio Nacional de Literatura, cuñados de cualquier director general, hijos ellos del santo y de la fiesta, tan primorosos, madre. Han escalado el podio del triunfo y se les debe saludar con todas las banderas de la autonomía regional porque son sencillamente magníficos, delicadamente portentosos, orgullo del lugar.

Hay ciertos manchegos que no vienen del mismo origen que sus paisanos. Tienen más fuerte la voz, los entresijos más engolados y su pueblo les debe un monumento. Si en la Villa, en el Teatro Cervantes Municipal, se da un concierto de música clásica, o lo que le echen, tienen que tocar el bombardino o regalar al alcalde un par de localidades, repartir chufas americanas en el descanso o ligar con la parienta del director de la Asociación Musical, madre mía.

Hay ciertos manchegos que, milagro de la fortuna, no son ministros de cultura porque ellos no están para mediocridades al uso y en su casa como en ningún sitio, pero, eso sí, el vecindario debe pedirles permiso para tocar los platillos, enhebrar un verso, venir de Ruigarcía de los Montes, leer a Max Aub, sacar billete de ida y vuelta para el Correillo. Son los hombres y

mujeres más manchegos, padres del vecindario, inventores del escudo del pueblo, y si te saludan, ya puedes darte con un canto en los dientes o entonar el teledeun. Los hombres y mujeres manchegos del ascenso, cuando han vivido diez años en los Madriles retornan al pueblo en olor de multitudes, hay que invitarles en el bar, convocar a los profesores del Instituto a la Casa de Cultura que lleva su nombre y alfombrar las calles de pámpanas recién barnizadas, rediez. Los hombres y mujeres manchegos que han conseguido la importancia, trabajo les costó, nadie les echó jamás una mano, son hombres y mujeres de una pieza, estatuas de sí mismos, bienhadado sea su sino, admíralos de veras, compadre, tienen, ea, muchísimos seguidores. Los seguidores excelentes de estos apellidos excelentes ascienden, también ellos, que es un encanto, un ¡oh! de la mancheguía del parabién y el aplauso inaudito, corazón, virtud sobre virtud, jopelines a la mar. De la noche a la mañana son, ellos solitos, pintores y poetas, maestros de maestros, sombra de lo que eras, tanto tienes tanto vales o la gozada imponente que te provoca el haber logrado ascender. Por acá el que asciende no es hijo ya de nadie, biznieto de espigadores ni fronterizo del Córcoles, ni jugó al caliche en la Calle del Monte, no. Hasta que le venga al caso pregonarlo en las solapas de un libro, en el cartón de una muestra para salas especiales o le saquen en un diccionario de la autonomía, si ello honra a los que mandan. Mas esto, que conste, es una bellísima virtud, no un vicio, Dios mío. Cosas que pasan en este país nuestro donde nadie le arrima su pértiga a nadie, o, si lo hacen, es porque te lo mereces, excelencia, o cómo joroba tanto, Dios mío, la soledad, la desazón esa que le va subiendo a uno por las cunetas íntimas de la espalda por el inconfesable pecado —no te perdona el personal tanta estatura— de haber crecido una cuarta más que el resto de los amiguetes, saludas a la afición, que vengan todos los alguaciles del Ayuntamiento aparejados como cuando la procesión

LOS
PECADOS
CAPITALES
DE LOS
MANCHEGOS

de la Patrona, colocónme una lápida debajo de la piquera de la fachada de casa, no me acuerdo bien de tí, macho, o, oh, si, te ganaba siempre a la pídola, meaba mucho más largo que todos los de labor de la Hermana Frébedes o los grillos que conseguía en las Eras del Pozo Hondo eran más pontificales y metálicos que los de la pandilla, aislamiento tristísimo, ay, el de los manchegos del ascenso, que causa mucha pena la diferencia.

Los hombres y mujeres diferentes de esta tierra, qué aldeana es aquí la gente, qué cansino su repertorio, nada ni nadie cambió en veinticinco años, veinticinco molinos hay en la sierra —“tin, tin, de cada fanega un celemin”— retornan a su parentela de uvas a brevas para que se les vea el medro, y entran en el Casino, bajo el concierto de los tordos de los árboles de la placeta de la Iglesia, pisando con mucho temblequeteo de los aparadores para prevenir al del puñado de apellidos ilustres que los hartará enseguida a cerveza, a vino no, que queda mal, Dios los cría y ellos se juntan; prepárale, tío, un homenaje y mira, desde ya, por encima del hombro a los currantes cotidianos, a los que, acá nos encanta de lo lindo el forastero de fuera, pobretes, no se comen ni una rosca, vaya, pues si te quedas eso es lo que eres un don nadie, engreído tú, voceras, humildón, mala suerte, o lo que estáis llevando a cabo no es sino provincianismo, cosejas.

Valentín ARTEAGA